DONOSTIAKO UDAL LIBURUTEGIA - BIBLIOTECA MUNICIPAL DE SAN SEBASTIAN

La Voz de Guipúzcoa

Año VIII. **Diario Republicano.** Núm. 2.451

San Sebastián.—Martes 12 de Enero de 1892. | Teléfono número 24. | Redacción y Administración: Echaide 6, bajo.

Servicio telegráfico especial DE La Voz de Guipúzcoa

Cotización de la bolsa de Madrid 11 Enero 1892.

1 por 100 interior	69.90
4 por 100 exterior	79.35
4 por 100 amortizable	80.00
Obligaciones del Tesoro	000.00
Billetes hipotecarios de Cuba 1886	104.—
Billetes hipotecarios de Cuba 1890	95.—
Acciones del Banco de España	378.—
Acciones de la Compañía de tabacos	93.50
París cheque	13.80
París 8 días vista	13.55
Londres cheque	28.70
Londres 90 días fecha	00.00

***

Cotización de la bolsa de París 11 Enero.

Francés 3 por 100	95.40
» 3 por 100 amortizable	95.90
» 4 1/2 por 100	105.65
España exterior 4 por 100	64.20
Ruso 5 por 100	00.00
Italiano 5 por 100	90.47
Turco 4 por 100	18.77
Egipto unificado	483.—
Portugués 3 por 100	32 3/16
Hungría 4 por 100	92 1/8
Banco de Francia	4498.75
Crédit Foncier	1265.25
Crédit Lyonnais	805.—
Société Générale	475.—
Banco Otomano	562.50
Suez	2675.—
Panamá	20.—
Norte España	222.50
Madrid, Zaragoza, Alicante	212.50
Río Tinto	470.62
Tharsis	149.37

Buenos-Aires, día 0, oro 000.

CON LOS ESTRIBOS PERDIDOS

¿Se puede hablar? No vamos á hacerlo del alcalde ni de los concejales sus correligionarios, y hasta casi estamos hoy de vena de reconocer que aquél es un sabio por aquello que dijo Fígaro de que el que más sabe, sabe que no sabe nada, que el Sr. Lerchundi vió en sueños un presupuesto con un tintero vertido encima, que al Sr. Marticorena le importan ya dos ó tres bledos los votos de censura de la corporación y, en fin, que el Sr. Sagasti entiende á derechas todo lo que se le dice.

Todo lo que se quiera, con tal que no nos coman los renegados del cerato simple, con tal que nos dejen respirar, y, momentáneamente siquiera, nos permitan creer que nuestros argumentos van á ser respetados y que no van á disparar sus formidables arietes ó el fuego de sus cauterios hasta que concluyamos por lo menos nuestra tarea. Porque, con franqueza sea dicho, nos da miedo, nos infunde pavor el arrojo de esos Alejandros que se ciñen el laurel ellos solitos, sin ayuda de mayordomo y sobre el campo de batalla, diciendo al poco más ó menos: «He triunfado, mis razones están en pié, he destruido las de mis adversarios, me constituyo en vencedor». Será muy cómodo el procedimiento, pero lógico no; á no ser que desde los tiempos de Pedro Lombardo, ó los de Mari-Castaña, ó los del rey que rabió, que para el caso es igual, la lógica sea de plomo y sus efectos aplastantes lo sean tanto, que revienten al prójimo.

Y si se puede hablar sin incurrir en las furias del Olimpo, hablaremos y diremos, sin pretender herir la excelsa aptitud de la alcaldía, que reverenciamos, y no adoramos porque somos poco amigos de esas cosas, que decididamente los adeptos, ó secuaces, ó como se quieran llamar, del unionismo siguen sin hallar los estribos desde que los perdieron.

Porque es el caso que insisten en que se administra mal, en que se han cometido no sabemos cuantas informalidades y tantas trasgresiones de la ley. En tal insistencia coinciden con los que de hace mucho tiempo se dedican á sorprender, pregonar y condenar irregularidades, chanchullos y crímenes de la administración pública.

Sino que antes, cuando los unionistas no lo eran, y comulgaban en la coalición liberal, reprobaban esa conducta tan escandalosa como injusta é improcedente en que siempre se han distinguido los anticoalicionistas y hacían profesión de fé en la inmaculada pulcritud de nuestras corporaciones.

¿Qué ha ocurrido de un año á esta parte para que las lanzas se tornen cañas y tornas las tortas? ¿Creían cuando eran coalicionistas que efectivamente se injuriaba á nuestros administradores públicos? Y si lo creían entonces, ¿porqué no lo creen ahora? Si nuestros amigos eran entonces buenos y rectos y justos, ¿cómo es que no lo son ahora?

Pero si no lo eran y si nadie detractaba á las corporaciones populares hablando de chanchullos y trasgresiones de la ley, y si éstas existieron, ¿cómo es que los señores unionistas no protestaron y se levantaron indignados separándose de la coalición liberal y confirmando los crímenes que se la imputaban?

Porque no hay más dilema que éste: ó fueron cómplices ó fueron hombres sinceros, de entera buena fé como nuestros amigos y sus protestas contra las difamatorias campañas que se siguieron eran nobles y sentidas.

¡Ah! fueron sinceros, procedieron con entera buena fé. Pues bien; se necesita ser tontos de remate para creer que sí entonces, que apenas había fiscalización en los actos municipales, porque todos, unionistas y coalicionistas, éramos unos, no se cometieron actos poco ni mucho censurables, se iban á cometer ahora que los partidarios del unionismo andan á caza de cualquier desliz, iban nuestros amigos á tener el capricho de poner los nudillos para que los unionistas les diesen badilazos á placer.

Ni entonces ni ahora ha dado motivos de censura la administración municipal. Pero la oposición anticoalicionista les contagia, les acomete, les vence, y ahí están, en contradicción con su conducta de siempre, con sus protestas de indignación, con sus alardes de fé en la rectitud de nuestros administradores.

Por eso decimos que siguen con los estribos perdidos, y desde que han tenido la flaqueza de decir que han sido partidarios del cerato simple, han perdido algo más: han perdido el derecho á que se les tome en serio sus fanfarronadas y los grotescos efectos de su risible aunque lamentable obsesión.

Recuerdos de la guerra

Son tantos y tan memorables los hechos gloriosos realizados por los esforzados defensores de la libertad en esta provincia que con abrir por cualquiera de sus páginas el libro de la historia, y eso que ésta es bastante incompleta, se encuentran proezas y heroicidades dignas en todo momento de recordación.

Hace diez y siete años por estos días efectuábanse algunas salidas de San Sebastián para aprovisionar á la asediada guarnición de Astigarraga y para efectuar una diversión por la carretera de Hernani, avanzando Otal hasta las trincheras carlistas de Peticar, de las que se apoderó, y entrando en fuego nuevas fuerzas liberales, se ocuparon, sin resistencia apenas, varios caseríos de la izquierda de Arratzain. Llegóse por la parte de Igueldo á la trinchera de Vidarte, y al regresar por la tarde las tropas quedó la brigada Otal en la falda de Mendizorrotz defendiendo algunas posiciones de las conquistadas y que servían de punto de apoyo á inmediatas operaciones.

Para llamar la atención de una parte del ejército carlista reconcentrado en Navarra y en cumplimiento de las instrucciones que llevó á Loma el coronel Augusti, limitados á amagar un ataque á las fábricas de Azpeitia, por más alejadas que los de Vera del objetivo de las operaciones, el Carrascal, á donde no podrían concurrir las fuerzas que los carlistas destacasen para proteger sus fábricas, y á echar un puente sobre el Oria, porque «solo el anuncio de que se trataba de componer el destruido, los carlistas comprenderán que el movimiento es sobre Azpeitia, y es seguro que han de acudir para impedirlo, y que no ha de ser en corto número, pues que tienen que oponerse á las fuerzas que operan en Guipúzcoa; y siendo esto así, está conseguido el fin que se ha de proponer el general Loma en sus operaciones en Guipúzcoa.

«Deben evitarse todos los combates que no conduzcan al objetivo de la marcha sobre el Oria y tratar de establecer el puente, aunque no llegase á verificarlo por falta de medios, dejando todos sus detalles al buen juicio del general Loma, pues que estas instrucciones solo marcan el fin de la operación; pero si las circunstancias se manifestasen propicias, y se pudiese llegar á Azpeitia, se llegará, pero solo cuando la operación se presente con todas las probabilidades posibles de buen éxito, pues el objeto principal de esta división es llamar sobre sí las fuerzas guipuzcoanas». Estas eran las instrucciones fechadas el 14 de Enero de 1875 y firmadas por el ya difunto general Ruiz Dana.

Recibida la orden para ponerse en movimiento, que era un telegrama que decía «han llegado los telégrafos» embarcóse en Pasajes la brigada Infanzon, tomando tierra en Guetaria sin advertirlo los carlistas. Ascendieron aquellas tropas á la mañana siguiente á las alturas de Garate, en cuyas posiciones entraron los primeros los miqueletes, que profundos conocedores del terreno, llegaron á ellas sorprendiendo á los carlistas y ocupándolas con gran contento y alivio de los defensores de Guetaria, á quienes tanto hacía sufrir el enemigo desde aquellas alturas.

Allí permanecieron los liberales el 28 y en la mañana del 29 Loma con el resto de su división, unos seis ó siete batallones salió de San Sebastián marchando uno á uno por la falda del monte Igueldo, dejando á su izquierda la carretera; se apoderó de aquel pequeño pueblo y del de Usurbil, cortando los carlistas en su retirada el puente provisional que tenían sobre el Oria; dejó un batallón para sostener lo conquistado, siguió Loma á Orio, donde penetró sin tener que vencer resistencia, permaneciendo en aquella villa bajo el fuego constante del enemigo que ocupaba todas las alturas de la orilla izquierda y cuyo paso á los liberales quería impedir, así como hacer molesta su permanencia en Orio, en cuyas casas penetraban las balas carlistas.

La escasa fuerza con que había practicado Infanzón su primera operación, detuvo el movimiento simultáneo, no pudiendo avanzar porque tenía que conservar la posición de Garate y mantener la comunicación con Guetaria y entonces tornó á San Sebastián el general Blanco y se embarcó para Guetaria con cuatro batallones: púsose al frente de la brigada Infanzón, avanzó por la parte de Zarauz, intentando apoderarse por retaguardia de las alturas de Zurugaray para penetrar en Zarauz, como lo consiguió el 31, si bien por falta de medios no pudo Loma pasar el Oria. Reforzó á Blanco con un batallón que condujo desde Orio el brigadier Oviedo, y en la mañana del día 1.°, una cañonera venida del Bidasoa, cuya tripulación se hizo digna de general aplauso, entró resueltamente en la ría despreciando el fuego enemigo y se presentó delante de Orio, sufriendo un vivísimo fuego de fusilería. Recogió una gabarra que los carlistas tenían en la orilla izquierda, el general Loma comprendió lo supremo de los momentos, ordenó al bravo batallón de miqueletes que cruzara la ría, lo hizo este de un modo heróico, siendo su teniente coronel Sr. Olazabal, el primero que puso pié en tierra en la opuesta orilla; le siguieron otros y otros bajo una lluvia de balas, y la primera compañía que logró reunirse al otro lado del río salió en precipitada carrera, trepando por aquellas espantosas alturas con admiración y vítores del ejército.

El general Loma dispuso que el nutrido fuego de su artillería y de su infantería protegiera á aquel atrevido movimiento que se verificaba en la gabarra y en la cañonera por una parte de la ría que alcanzaba unos 150 metros de anchura, y bien pronto todos los batallones se hallaron al otro lado del caudaloso río, subiendo precipitadamente y tomando las formidables alturas de Zurugaray.

Unióse Loma con Blanco y se hicieron dueños fácilmente los liberales del terreno desde Orio á Zarauz, ocupado antes por los carlistas, que se retiraron sobre Aya.

CHIRIGOTAS

Bueno será que *La Unión* se vaya enterando, no por nada, ¿eh? sino por que se entere de lo que resulta de tan famoso presupuesto, emborronado y todo, que desapareció de la cartera de la comisión de Gobernación.

Según el acta leída anoche, «oídas las explicaciones flotaliadas del Sr. Goicoa, los señores Marticorena y Lerchundi, convencidos de que sus aseveraciones acerca de la existencia del presupuesto á que se han referido, han obedecido á ofuscación de su parte, *declaran para que quede á salvo el decoro y prestigio que siempre debe conservar la corporación, que* NO HA EXISTIDO DICHO PRESUPUESTO.»

Esta declaración honra á sus autores; pero á quien no le hará gracia será á *La Unión*, que hace aun dos días decía que porqué no había de creerse á los Sres. Marticorena y Lerchundi.

Ya lo ve el colega, porqué han sufrido una ofuscación.

Ofuscación que, de no haberla subsanado á tiempo, como la han subsanado, hubiera podido costarles el tener que entendérselas con los tribunales.

Y para que se vea lo que son las cosas.

En eso de la ofuscación sí que creemos.

A ojos ciegas.

***

El órgano de Juan de Igueldo se permite el lujo de tomarnos la errata de «pesetas» por «pesetas», y hace como que se felicita del gazapo.

¿Qué hubiera dicho ¡pobrecillo! si hace dos días nos hubiera cogido la noticia de que «al ir á entrar anteayer tarde á bordo del vapor *Sestao* el fogonero Antonio Vega, dió un mal paso y cayó al agua»?

Nos hubiera dicho que esa errata era de sentido común, porque ni aquí ha entrado el vapor *Sestao* ni ha ocurrido nada de lo que cuenta la noticia.

La cual noticia es del órgano de Juan de Igueldo.

Pero no hay que alarmarse.

De esas no se le van más que media docena... al día.

LOS CURAS

En la más soportable de las novelas de Perez Escrich, *El cura de Aldea*, hay una figura que en Guipúzcoa como en otras provincias puede verse y se verá seguramente: la del párroco bondadoso, apacible, todo abnegación y santo amor para sus ovejas.

En Guipúzcoa como en otras provincias habrá curas á lo magistral de la *Regenta* de Clarín, ó á lo canónigo de *D.ª Perfecta* de Galdós, ó de *Pepita Gimenez* de Valera; los habrá también parecidísimos por su sabiduría al jesuita del *Escándalo* de Alarcón ó por sus mañas al del de *La familia de León Roch* ó por sus defectos y pecados al desdichado clérigo del *Doctor Centeno* y de *Tormento*.

De entre todos la figura ideal, encantadora, admirable, es la del venerable pastor que presta á sus fieles todos los auxilios espirituales de la religión, administrando los sacramentos y predicando las hermosas verdades del Evangelio.

¿No le habeis visto en alguna terrible noche de invierno atravesar el estrecho sendero de nevada montaña llevando anhelante los últimos consuelos religiosos al campesino que yace postrado en lejano caserío?

¿No le habeis visto en tarde cruel de cierzo caminar por entre barrizales y nieves, recogidos los manteos, descubierta la cabeza y murmurando oraciones por el alma del feligrés, cuyo cadáver va delante llevado en hombros para descansar en la fosa común?

¿No le habeis visto, apenas es de día, redimiendo pecados en el confesonario y apenas es de noche difundiendo la doctrina en amorosa plática en un rincón de la sacristía?

Ese es el cura ideal, bendito, adorable, verdadero pastor que atiende á sus ovejas, por las que sacrifica, ofreciéndoselo á Dios, su tranquilidad, su salud, cuanto es y cuanto vale, cuanto sabe y cuanto representa.

En sus labios no hay sino frases de paz, de amor y de caridad; en sus actos no hay sino la idea de hacer mucho bien; en su trabajo penoso no hay interés. Todo lo hace por amor á Cristo y á sus semejantes.

Cuando es preciso ir lejos, va sin mirar que nieva, sin miedo al frío, sin temor al vendaval, sin horror á las crudezas de la naturaleza. El precio de estos sacrificios lo cobra en satisfacciones: cada alma que salva, cada pecado que redime, cada consuelo que presta, cada obra de misericordia que realiza sírvele de honda satisfacción. Sabe que ha servido á Dios sirviendo al prójimo y esto le basta.

¡Qué diferencia entre el cura que así ejerce su sagrado ministerio y el que pone por delante la tarifa de precios de sus actos!

No es *el cura de aldea* el cura de Zarauz que tiene señalado un límite para ir á recoger los muertos y en teniendo que ir más allá pone la tasa de á tanto el paso.

Ni es el cura que dirige su voz desde el púlpito predicando ódio y desunión entre los creyentes á título de hablar de política.

El sacerdote que sirve á la religión con el heroísmo del mártir es merecedor de todos los respetos.

Su proceder es admirable.

El cura que lleva por delante la tarifa de precios, como una berlina de alquiler, ese ni sirve á Dios ni sirve al diablo, pero sirve para desprestigiar y deshonrar á la religión.

AITOR

Era un día oscuro y triste: oscuro, negro como el alma del envidioso; triste como el corazón de los hijos de Euskaria desde el día de su horrible desgracia.

Pardos nubarrones velaban las soberbias cumbres de las montañas, y la bóveda de záfir, de donde cuelgan el luminar del día y las innumerables lámparas de la noche.

Un anciano de gigantesca estatura y de porte magestuoso, con el cuerpo derecho y la cabeza erguida, á pesar de sus años, caminaba lentamente por una de las estrechas sendas que atraviesan la hermosísima vega cubierta de altos y lozanos maíces.

Como los euskaros de los tiempos antiguos, el viejo llevaba la cabeza descubierta, y sus plateadas melenas flotaban libremente sobre los hombros.

La frente del anciano, aunque arrugada por los años era ancha y hermosa, y hermosos eran sus grandes ojos castaños, de dulce mirada, la nariz aguileña, y la barba, más blanca que la nieve, que descendía hasta la cintura. Hermoso sobre toda ponderación era su noble rostro, que entonces tenía una expresión de tristeza infinita.

¿Quién era aquel venerable anciano? ¿A dónde iba? ¿Por qué estaba tan triste?

Aquel anciano era Aitor, el Gran Patriarca. El llanto de sus hijos le había despertado, y, saliendo de su sepulcro, había echado á andar tan ligeramente como le permitía la pesada carga de los siglos que llevaba sobre las espaldas. ¿Quién sabe á dónde iba?

Más fácil de adivinar es la causa de su tristeza. Aitor estaba triste porque lo estaban sus hijos. El infortunio de Euskaria pesaba sobre el corazón del anciano como enorme y ponderosa bola de plomo.

Evidentemente, el patriarca ibero, abismado en sus pensamientos, andaba sin ver el camino, ni los objetos que le rodeaban. Sus piés le llevaban á donde quería ir, sin que él se tomara el trabajo de dirigirlos. Así es que el anciano no se apercibió de que había salido de la fértil vega, ni de que el terreno, antes llano, se elevaba rápidamente hasta llegar á una amena campiña, donde la verde yerba y las florecillas rústicas crecían al abrigo de árboles frondosos.

Tampoco pareció fijarse en una gran verja de hierro que allí se veía, y sin embargo se dirigió directamente á ella, y entró por la ancha puerta, abierta de par en par como para recibirle.

Nada logró fijar la atención del anciano, hasta que se halló al pié de un robusto y hermoso roble de intrincado y hojosísimo ramaje; pero entonces, saliendo súbitamente de su profunda abstracción, extendió los brazos hacia el tronco venerable, como si fuera á abrazarlo, y dos gruesas lágrimas, no sé si de dolor ó de alegría, ó de ambas cosas á la vez, surcaron sus pálidas mejillas.

La cruel mano del tiempo, y las inclemencias de las estaciones, habían abierto en la áspera corteza del hermoso roble numerosos y profundos surcos; pero ¿qué eran aquellas heridas al lado de las que habían abierto en el tronco venerable las despiadadas manos de los hombres? Aquel pobre árbol inspiraba compasión y respeto.

Mirábale el viejo Aitor tristemente, como miramos á un amigo querido agobiado por el dolor y el infortunio; pero, bien pronto, no pudiendo soportar por más tiempo la vista del árbol maltratado, cubrióse los ojos con las manos y se alejó poco á poco, sollozando.

Pero á los pocos pasos, el viejo se detuvo, y se atrevió á mirar otra vez en torno suyo.

Alzábase en frente de él un vasto edificio coronado por hermoso escudo de armas, en el que los cansados y lagrimosos ojos del anciano solo pudieron distinguir un árbol, y á su derecha había, debajo del roble secular, un sólio de piedra semejante á un templo corintio en miniatura, en cuyo frontisficio se veía un escudo semejante al otro, aunque mucho más pequeño.

Pero lo que más grata impresión produjo en el ánimo del anciano, lo que hizo que su rostro se serenara y que se calmara la angustia de su corazón, fué la vista de un joven, hermoso y lozano roble que en frente del sólio había, roble que era un retoño del que crecía al otro lado del sólio, y ¡cuya vista había amargado tanto el alma generosa de Aitor. Manos benéficas habían trasplantado allí aquel hermosísimo vástago, para que su padre no le robara el aire y el sol, y para que él no robara al autor de sus días los jugos nutritivos de la tierra nuestra madre.

Inmóvil, y con los brazos cruzados sobre el pecho, el venerable Aitor, contemplaba amorosamente el tierno roblecillo, de cuyo dere-